Discurso de inauguración del I Congreso Mundial de prensa y publicaciones gratuitas

En primer lugar quiero agradecer a los organizadores de este primer Congreso Mundial de prensa y publicaciones gratuitas que me hayan invitado a participar en su sesión inaugural.

Sin duda, la presencia importantísima de los medios gratuitos en nuestras sociedades, en nuestras calles, en nuestra vida diaria, y su peso cada vez mayor en el escenario global de los medios de comunicación, hacían muy recomendable la celebración de un encuentro como el que hoy nos reúne. Un encuentro en el que conocer y analizar las distintas realidades, compartir experiencias y pensar juntos en el futuro.

Les felicito, por tanto, por la organización de este congreso que, no me cabe duda, resultará fructífero para el sector y para la sociedad a la que sirve.

Yo tengo que decir que desde hace varios años no voy a trabajar en metro ni en autobús. Algunos responsables políticos dicen que sí lo hacen. Ellos lo consiguen. Yo tengo que reconocer que no. Pero sí me llama la atención y me fijo siempre en los repartidores de los periódicos gratuitos haciendo su tarea entre los viajeros que bajan o suben de sus medios de transporte camino a su trabajo.

Realmente han cambiado el paisaje urbano. Le han puesto color y le han añadido noticias. Dos cosas que son muy buenas para todos. Y es curioso porque, como decía el escritor bilbaíno Pedro Ugarte en un artículo que escribía sobre esta nueva presencia en nuestras ciudades, un fenómeno tan novedoso como son los diarios gratuitos nos ha traído una estampa del pasado, la estampa de aquellos chicos de gorra ladeada que repartían los periódicos de a penique, en un nuevo y contemporáneo cuadro costumbrista.

Y sí. Hay más paralelismos, más coincidencias. El profesor Benedict Anderson, en su ya clásica obra *Las comunidades imaginadas*, otorga una importancia crucial a la imprenta y a la prensa como uno de los factores esenciales en la creación de los Estados nación y del sentimiento de pertenencia a esos estados por parte de los ciudadanos.

La lectura de la prensa cada mañana por parte de los que viven en un mismo territorio es, en su lúcida interpretación, una ceremonia masiva que

Universidad Pontificia de Salamanca

convierte a esos lectores en miembros de una comunidad imaginada. Una comunidad cuyos componentes no se conocen unos a otros, pero sí comparten el interés, el asombro, la alegría o, por desgracia más a menudo, la indignación que traen consigo las noticias.

Esa ceremonia de cada mañana contribuyó de manera decisiva, como ha analizado Anderson, a conformar el sentimiento de pertenencia a una nación en los estados que estaban adquiriendo esa condición en el siglo XIX.

Y hoy, más de un siglo después, podemos observar que el ritual compartido de la lectura de la prensa, compartido por lectores españoles y de otras nacionalidades, compartido por hombres y mujeres, compartido incluso en su escenario, el metro, el tren o el autobús, es igualmente un potentísimo elemento integrador de nuestras sociedades cada vez más diversas, cada vez más abiertas.

Con ello, la prensa, y muy señaladamente la prensa gratuita, los periódicos y las revistas que ustedes editan, no sólo cumple la función tradicional de informar, implementando así uno de los derechos fundamentales de los ciudadanos y uno de los ejes de todo sistema democrático, sino que contribuye a la cohesión, a crear tejido cívico.

Porque, además, cuando hablamos de los gratuitos no hablamos sólo de los diarios de reparto masivo. Casi podríamos decir que estos son apenas unos recién llegados. Cuando hablamos de gratuitos estamos hablando de un ingente número de publicaciones de todo tipo que, desde hace muchos años y en muchos países, llevan a barrios o a pueblos la información más cercana, esa que afecta más directamente a los ciudadanos en su día a día.

Un testigo que están recogiendo los llamados gratuitos de segunda generación, a los que me consta van a dedicar ustedes un tiempo importante en este congreso, y que están entrando con fuerza en el sector de los medios especializados.

En definitiva, es en ese espacio en el que se encuentran vanguardia y tradición, públicos masivos y colectivos específicos, globalización y glocalización, donde ha hallado su lugar la prensa gratuita. Y ha llegado para quedarse. Para quedarse y para enfrentarse, como el resto de los medios, como ha venido siendo siempre en el mundo de la comunicación, con los nuevos retos de esta nueva era.

Una era extremadamente abierta, extremadamente fluida, pero en la que podemos contar al menos con tres certidumbres: la primera, que se trata de una era digital; la segunda, que las viejas fórmulas ya no valen; y la tercera, que el reto lo ganará quien mejor sepa adaptarse al medio y aprovechar las nuevas oportunidades que ofrece.

Universidad Pontificia de Salamanca

Una tarea que a menudo demanda ser capaz de renunciar a tiempo a antiguos modelos, por muy exitosos que pudieran ser en el pasado, y aventurarse por caminos poco explorados.

La prensa gratuita ha demostrado desde su nacimiento que es capaz de ello. Ha entendido que las fronteras tradicionales entre medios ya no sirven, que se desdibujan los límites, incluso los que existen entre emisor y receptor, y busca ya activamente las sinergias entre la galaxia Gutenberg y la era de Internet.

Hoy vemos cómo se crea una nueva cadena de información que comienza en el papel y continúa en la red con más palabras. Y además con audio y vídeo. Y además con interactividad. Porque, como antes decía, el receptor es también emisor, e incluso periodista, ciudadano periodista.

Es este un fenómeno digno de estudio, de estudio tanto desde el punto de vista de la comunicación como sociológico. Porque, realmente, los blogs, las bitácoras, y esos nuevos medios que se alimentan exclusivamente del llamado periodismo ciudadano, está configurando un nuevo modelo de debate mundial que no se lleva a cabo en la asamblea de Naciones Unidas, sino a pie de calle, o más bien de ordenador.

Toda una transformación. Una transformación profunda que seguramente, como el propio tiempo que la propicia, no ha hecho más que empezar y que aún va a llevarnos a escenarios desconocidos. Una transformación que nos obliga a tener más claros que nunca algunos elementos esenciales, relacionados con la misión que en democracia tienen encomendada los medios de comunicación y con las responsabilidades que ella implica.

Porque la democracia, desde sus inicios, desde sus fundamentos teóricos, halla en los medios de comunicación libres uno de sus pilares fundamentales. Es una cuestión de principios.

La libertad de expresión y el derecho a la información son inherentes al concepto de democracia y su correcto ejercicio, ingrediente necesario para el constante perfeccionamiento del sistema que toda sociedad debe perseguir.

Porque una sociedad que se gobierna a sí misma, que tiene que tomar sus propias decisiones, necesita para ello de una información sólida, rigurosa, contrastada y plural. Una información que permita a cada uno de los ciudadanos formarse su propio criterio, articular su opinión personal y participar y actuar en base a ella. Y esa es la información que han de procurar los medios.

Hoy es más necesario que nunca que los medios ejerzan y ejerzan bien esa misión, porque todo se mueve y se organiza en clave de comunicación. Hoy, la responsabilidad de los medios es, si

Universidad Pontificia de Salamanca

cabe, mayor, porque son ellos los que marcan el ritmo de nuestro mundo.

Sin unos medios capaces de desbrozar, valorar y presentar de manera adecuada las cantidades ingentes de información que cada día circulan, es imposible que los ciudadanos puedan acceder a un auténtico conocimiento de las cosas que importan, de los hechos, las decisiones, las noticias que realmente tienen un valor añadido. Y sin ciudadanos informados no hay democracia.

Y como la sociedad es plural, también deben serlo sus medios. Medios plurales y opiniones plurales. No por una cuestión de cantidad, sino por una cuestión de calidad, por la necesidad de que se reflejen diferentes posiciones y diferentes sensibilidades.

Todo ello exige un ejercicio de rigor, de responsabilidad y de apertura a los medios de comunicación de hoy. En definitiva, todo ello exige calidad. A todos los medios, sea cual sea su soporte, su público o su modelo de financiación.

Sé que ha existido todo un debate en torno a esta cuestión, pero creo que se ha resuelto, y se ha resuelto ante la evidencia de que la calidad no es cuestión de precio y no pertenece a nadie. Ni a ningún sector ni a ningún segmento. La calidad es una obligación de todos. Una obligación profesional, una obligación para con los lectores y una obligación para con la sociedad.

No hay formato, no hay producto que no pueda y deba ser realizado con esmero, con solvencia y con seriedad. Brevedad no es sinónimo de banalidad; divulgación tampoco lo es de simplificación; y la inmediatez no puede sacrificar nunca la veracidad.

Y, por supuesto, acercamiento a la ciudadanía no quiere decir olvidarse de la política. Y hablo de la política con mayúsculas. La política que es necesaria, la política que pretende cambiar la sociedad para mejor, la política que planta cara a los problemas y los desafíos que hemos de ganar para ganar el futuro.

Ello no está en absoluto reñido con una perspectiva informativa de cercanía a los lectores. Yo soy muy consciente de la importancia que tiene para ustedes no alejarse de la óptica de la ciudadanía y de los asuntos que influyen y afectan directamente en su vida diaria y en su realidad más inmediata. Esa es sin duda una de las principales razones de ser de los medios de comunicación, y en especial de los medios gratuitos.

Pero tampoco podemos olvidar que, más allá del rifirrafe dialéctico de cada día, más allá de la pequeña disputa partidaria, hay asuntos que nos atañen a todos y que requieren de la concienciación, la participación y el compromiso de todos.

Temas como el calentamiento global, como la lucha contra la pobreza, como

Universidad Pontificia de Salamanca

la violencia de género, como la gestión de las migraciones, como el terrorismo y la seguridad mundial, como el perfeccionamiento de la democracia, no sólo no están lejos de los ciudadanos, sino que afectan directamente a su presente y a su futuro. Y no hay duda de que reclaman y deben obtener la atención de los medios de comunicación.

Una atención activa, proactiva, diría yo. Y comprometida. Porque, ante los desafíos que tenemos por delante, no podemos permitirnos unos medios ajenos a los grandes problemas de la humanidad. De la humanidad en su conjunto y de cada uno y cada una de nosotros.

Sé que puedo contar, que cuento ya, con ese compromiso por parte de todos ustedes.

Señoras y señores, amigas y amigos,

La prensa gratuita ha modificado de forma radical el panorama de los medios en este siglo XXI. Son ustedes actores protagonistas de un cambio profundo en el modo de hacer, de difundir y de leer los periódicos, y todo indica que el cambio ha sido para bien.

Gabriel García Márquez dijo en una ocasión que "El periodismo es el mejor oficio del mundo". Yo no soy periodista –otra es mi profesión que también me resulta apasionante- pero, de lo que sí estoy segura es de que es uno de los oficios más necesarios. Es imprescindible para la democracia, es imprescindible para el progreso social, para el desarrollo político y cultural.

Sigan contribuyendo a construir una ciudadanía más lectora, más informada, más consciente de su entorno, más cohesionada. Con este congreso, reflexionando e intercambiando experiencias y pareceres, pensando en cómo mejorar, ya lo están haciendo. Y estoy segura de que los frutos de esa reflexión les servirán a ustedes y a toda la sociedad.

Muchas gracias.

María Teresa Fernández de la Vega
Vicepresidentea del Gobierno
de España

Universidad Pontificia de Salamanca